

LA CALLE DE LAS COMEDIAS



El amor de un murciélago

Vicente Muñoz Puelles

HACE mucho tiempo, los moros valencianos destacaban por su amor a los murciélagos. Los criaban y domesticaban, les proporcionaban cobijo en casas y mezquitas y les dedicaban poemas de alabanza, donde comparaban la suavidad de su vientre velludo con la de los camellos.

No había hogar digno de ese nombre que no tuviese al menos un ejemplar como mascota, en su jaula de gasa o en los murciélagos, suerte de minaretes de barro de varios pisos, que albergaban en su interior una frescura de botijos. Las familias se transmitían los murciélagos como parte sustancial de la herencia, y los más pudientes hasta los enjocaban con diminutos collares y tenían de colores llamativos sus alas, para distinguirlos entre sí en pleno vuelo, como todavía hoy se hace con las palomas.

Ese amor por los murciélagos no era totalmente desinteresado. El terreno pantanoso y la proximidad de la Albufera se conjuraban para favorecer la prolifera-

ción de mosquitos. Cercados de agua, envueltos en una atmósfera de vapores corrompidos, los valencianos no disponían de otro medio para luchar contra las fiebres tercianas que la protección de los murciélagos, incansables cazadores de insectos.

No debe extrañarnos, pues, que estos animales proliferaran hasta extremos asombrosos, ni que en todo el mundo civilizado Valencia fuese conocida como la ciudad de los murciélagos.

Pero el más singular de todos era **Atalaya**, una joven hembra de murciélago que pertenecía al prudente **Zayyán**, rey de la ciudad. Destacaba por sus almendrados ojos de huri, su hocico esbelto, su mayor tamaño y un anillo con el sello real que llevaba en uno de sus dedos enjutos. Atalaya era un regalo del sultán de Egipto a Zayyán, que lo estimaba mucho y cada noche le dejaba abierta la puerta de su jaula de oro.

Y cada noche la hembra de murciélago sobrevolaba la ciudad somnolienta. Regresaba a su jaula ya con el sol, cuando el muecín llamaba a la primera oración de la mañana. Zayyán solía ofrecerle un dátíl reluciente, que ella agradecía chasqueando la lengua y estirando los labios hacia atrás, en una mueca seductora.

Sucedió que el rey **Jaime I** tuvo noticia de las excelencias del reino de Valencia, y concibió la empresa de apropiárselo. Zayyán le presentó batalla en el Puig, pero lamentablemente fue derrotado y volvió a refugiarse en el Alcázar. Perdida toda esperanza de recibir auxilio de otros soberanos musulmanes, consultó a su profeta particular.

—No habrá peligro —sentenció el profeta— mientras Atalaya sea libre, y pueda volar cada noche.

Zayyán se quedó perplejo. Si el profeta estaba en lo cierto, pensó, le bastaría con seguir dejando



LOS MOROS VALENCIANOS destacaban por su amor a estos mamíferos voladores. En la ilustración, el óleo «Murciélago» (1886), de Vincent Van Gogh.

abierto la jaula de oro de Atalaya, como venía haciendo hasta entonces, para evitar la caída de la ciudad.

No contaba, sin embargo, con que ahora Atalaya se encontraba en la primavera de la vida. La sangre que fluía por sus venas le producía ardores incontenibles. Buscaba compañía, pero no la encontraba entre los murciélagos comunes, que siempre le habían parecido extrañamente cómicos. Se estremecían de deseo a su paso, pero se abstendían de seguirla, porque sabían que era demasiado grande y vigorosa para

III Atalaya, una joven hembra de murciélago, pertenecía al prudente Zayyán, rey de la ciudad

ellos.

Y cada noche Atalaya volaba más lejos, en busca de alguien que pudiera colmarla. Zayyán no descansaba hasta verla llegar, exhausta pero aún excitada. Recordaba la profecía del adivino: «No habrá peligro mientras Atalaya sea libre, y pueda volar cada noche», y suspiraba satisfecho. Una vez más, Atalaya había superado la prueba, y Valencia seguía estando a salvo de los infieles.

Ocurrió que un día, de regreso al Alcázar, Atalaya pasó por la ajardinada Ruzafa y vislumbró un animal alado, fuerte y robusto como ella, que se hallaba posado cerca del suelo, entre un sinfín de tiendas, y refulgia al sol. Ebria de deseo, Atalaya emitió un chillido largo y agudo, y se precipitó sobre él.

Pero el objeto de sus amores permanecía indiferente, con el cuello erguido, los ojos fijos y las alas extendidas. Atalaya se detuvo, se colocó ante él y le dedicó unas evoluciones que hubieran trastornado a cualquier otro murciélago.

De pronto sintió que algo la envolvía y la derribaba. Fue inútil que se debatiera. El dragón alado

de la cimera del casco del rey Jaime I, que éste había dejado a la entrada de su tienda, había ac-

Y el propio rey, al ver un anillo en un dedo de aquel murciélago tan grande e insólito, había mandado que le arrojaran encima una red para cazar pájaros.

Despojaron a Atalaya de su anillo con el sello real y la metieron en una jaula de hierro, desde la que aún podía atisbar el objeto de su deseo. Y ella, asomando la cabeza entre los tupidos barrotes, continuaba entonando un chillido penetrante, como si aún esperara atraer la atención del dragón.

Esa misma mañana, un emisario del rey Jaime I entró en la ciudad de Valencia por la puerta de bab al-Sajar. Fue conducido al Alcázar, donde le entregó al prudente Zayyán el anillo de Atalaya y le leyó una misiva de su señor, en la que éste le informaba de sus condiciones para la capitulación. Comprendiendo que estaba perdido, Zayyán se sometió a las exigencias de los invasores.

Y el sábado 9 de octubre de 1238, mientras Jaime I entraba en la ciudad con sus tropas, Zayyán salía con su familia y un pequeño séquito por la puerta opuesta de la muralla. Ya no era el prudente Zayyán, sino Zayyán el Desconsolado. Había entregado Valencia y se dirigía al destierro, pero lo que más lamentaba era la pérdida de Atalaya.

Y así fue como la ciudad pasó a manos cristianas por el amor de un murciélago.

pd

Este suplemento deja de publicarse durante el mes de agosto y la primera quincena de septiembre.